ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

HERENCIA FORZOSA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1880.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE ENERO DE 1880.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
»	4	Amor, parentesco y guerra...	1	Sres. Aza y Estremera..	Todo.
		Cabello de ángel.............	1	Eduardo Palacio....	»
2	2	Cambio de vía—j. o. v........	1	D. Ramon Marsal.......	»
2	3	De infantería de marina—j. o. p....................	1	J. Sanchez Albarran	»
12	3	De madrugada—s. o v......	1	Juan Utrilla.........	»
6	2	¡Ecce homo!—p. a. p......	1	Manuel Matoses.....	»
2	3	El marido de la viuda—c. a. p.	1	Salvador Lastra.....	»
3	3	El nido de amores—j. o. p. .	1	Roque F. Izaguirre..	»
7	2	El toro de gracia—s. o. v.....	1	Eduardo Palacio....	»
		En el portal de mi casa......	1	Juan Maestre.......	»
3	3	En la boca del lobo—j. o. p..	1	Ramon Marsal......	»
3	2	Entre dos fuegos—j. o. p.....	1	Eusebio Sierra......	»
1	2	Ganar tiempo—j. o. v.......	1	José Estremera.....	»
		La cuarta plana.............	1	R. Romera.........	»
2	2	La señora de P.***—c. o. v...	1	A. Alcon...........	Mitad.
»	»	No era su mujer.............	1	Mariano Barranco...	Todo.
4	2	Panacea sin igual—j. o. v...	1	J. Manuel Ascandoni.	»
3	2	Por atrevido...............	1	Gerardo Peña......	»
		Que se lo cuento á mi tio....	1	E. Segovia Rocaberti.	»
		Salir de Málaga..............	1	Luis Santa Ana....	Mitad.
3	3	Seguir la pista..............	1	J. Escudero.........	»
4	2	Seguros contra incendios....	1	Luis Santa Ana....	»
3	1	Siempre amigo—j. o. p.......	1	A. Alcon...........	»
4	2	Sin atadero—j. o. p	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
3	2	Voz de alerta—c. o. v........	1	Mariano Barranco...	»
3	1	Zapatero á tus zapatos—p. o. v.	1	Ramon Marsal......	»
3	3	El mejor partido—c. o. v....	2	A. Alcon...........	Mitad.
		Plaga doméstica..............	2	Salvador Lastra.....	Todo.
		¡Adios, Madrid!..............	3	Sres. Ramos Carrion y Aza.............	»
2	1	Amor y amor propio.........	3	D. A. Alcon...........	Mitad.
6	2	El cielo ó el suelo—d. o. v...	3	Eugenio Sellés......	Todo.
4	3	Herencia forzosa—d. o. v....	3	A. Lopez Muñoz....	»
8	4	No contar con la huéspeda...	3	A. Alcon...........	Mitad.

HERENCIA FORZOSA.

HERENCIA FORZOSA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Estrenado con buen éxito en el Teatro ESPAÑOL el 24 de Abril de 1880.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	Srta. D.ª Elisa Mendoza Tenorio.
MAGDALENA	Luisa G. Calderon.
CONDESA	Amelia Chaman.
FERNANDO	D. Antonio Vico.
CÁRLOS	Ricardo Calvo.
RAFAEL	José Luna.
LORENZO	Pedro Moreno.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, LORENZO.

FERN. Que nada falte, Lorenzo.
¿Salió ya la señorita
de su pabellon?
LOR. Lo ignoro.
FERN. Avísela usté en seguida.
(Lorenzo saluda y váse.)

ESCENA II.

FERNANDO, RAFAEL.

RAF. No dirás que me descuido
en acudir á la cita.
Apenas si son las siete,
y á las ocho es la comida.
Soy por ventura el primero?
FERN. En llegar, salta á la vista;
en quererme, es cosa incierta;
en mi amistad, cosa fija.
(Se estrechan la mano.)

RAF. Ingrato! cuando abandono
por venir una conquista...
FERN. Sigues haciéndole el oso
á la vizcondesa?
RAF. Quita!
Rendir á una jóven cándida
es una empresa sencilla;
la gloria, amigo Fernando,
es el fuego de guerrillas
contra esas damas temibles
que, como el humo, fatigan,
y confunden y marean,
y al fin se pierden de vista.
Esas dan fama, y con esas
no sé da en la Vicaría.
FERN. Temes tanto el matrimonio?
RAF. Temerlo yo?...
FERN. Tal te explicas.
RAF. Hablo de él como si hablara
de los desiertos de Libia,
cuyas vastas soledades
no he de cruzar en mi vida.
FERN. Quién sabe?
RAF. Si el matrimonio
es impropiedad clarísima
en nosotros.
FERN. En nosotros?
RAF. En el hombre.
FERN. Peregrina
afirmacion!
RAF. Pues observa
si no su etimología:
mision de madre el vocablo,
segun ella, significa:
se hace abstraccion de nosotros,
respetemos la lengüística.
FERN. Ay, Rafael! Si supieras
qué mal haces!... Ya debías
pensar en casarte.
RAF. Hombre!...
Que eso me propongas!...
FERN. Mira,

Rafael, que tiene riesgos
esa aventura contínua.
Siempre se recoge el fruto
segun se echó la semilla;
pasa el placer y el mal queda;
veloz el tiempo camina,
y es la vejez más helada
sin el calor de familia.

RAF. Mira, chico, francamente,
te agradezco tu filípica,
pero ¿hemos de entristecernos
cuando todo nos convida
á gozar en tus salones
de expansion y de alegría?...
Hablemos de tí: ¿qué piensas
hacer cuando al fin Elisa
se enlace con Cárlos? ¿Sigues
en Madrid ó te dedicas
á viajar como dijimos?...

FERN. No tengo plan todavía;
estoy triste y preocupado
con la salud de esa niña,
que es en espíritu un ángel
y en cuerpo una sensitiva.

RAF. Mimos.

FERN. No: tú no la has visto;
hay veces en que peligra
su vida seguramente.

RAF. Es ella muy nerviosilla;
y los nervios tienen cosas...

FERN. Á la muerte parecidas.
Á no ser por la costumbre
de ver que siempre domina
esos ataques, pensara
que una vez se me moría.

RAF. Ya verás; el matrimonio
le sentará á maravilla.
Cárlos es bueno y la adora.

FERN. Tal creo.

RAF. ¿Van á Suiza
desde luego?

FERN. Así parece.

RAF. En eso la moda es rígida
y sabia: en algo ha de serlo.
Y tú, que tal enemiga
tienes á estas fiestas, cómo
te arriesgas?...

FERN. Pronto se firma
el contrato de esponsales;
y como ha habido gran crítica
respecto á si la Condesa
accedía ó no accedía
al matrimonio, he creido
esta exhibicion precisa.

RAF. Bien hecho; que los salones
tienen tambien su política.

FERN. Ya que arrancar no es posible
sus lenguas á la malicia,
quitémosle pasto.

RAF. Pero,
chico, ¡qué lenguas de víbora!
Lo mismo que los arroyos,
bajo flores se deslizan
y sin descanso murmuran;
pero al fin de la corrida
las traga el mar, y se pierden
en el fondo de sus simas.

FERN. Has escuchado algo grave
de mí?

RAF. Son patrañas.

FERN. Dilas.

RAF. Á qué he de darte un mal rato
sin objeto?

FERN. Mas...

RAF. Qué pícara
condicion! si no vivimos
porque los demas no vivan.
La opinion! Nada, en resúmen,
con la conciencia tranquila.

FERN. La opinion es ley!

RAF. Sí; ley
que cualquier malvado dicta
ó cualquier necio.

FERN. Y al cabo

no me dirás?...
RAF. Llega Elisa.

ESCENA III.

FERNANDO, RAFAEL, ELISA.

ELISA. Rafael, muy buenas noches.
RAF. Muy buenas.
ELISA. (Yendo á él.) Papá...
FERN. (Tomándole las manos.) Hija mia!
RAF. Ay! Fernando, cuando pienso
que ha jugado en mis rodillas
y que pronto va á casarse,
me estremezco. Tú tenías (Á Elisa.)
cuando yo te ví...
FERN. Seis años:
hace diez de mi venida.
RAF. Es cierto, seis; y yo tengo
treinta y siete; horrible cifra!
Es decir, casi cuarenta;
la ancianidad, por vecina.
FERN. Estos pimpollos nos llevan
á la vejez muy deprisa.
RAF. Pero ¿Cárlos no ha venido?
ELISA. No lo he visto en todo el dia,
y ya tarda: ¿estará enfermo?
RAF. Cá!
ELISA. ¿Por qué?
RAF. Porque es ya víctima
del amor, que es la más grave
dolencia que hay en la vida.
Voy á su casa ahora mismo: (Á Elisa.)
—á bien que se halla contigua,—
y con él me vendré.
ELISA. Gracias.
FERN. No tardes.
RAF. Vuelvo en seguida. (Váse.)

ESCENA IV.

ELISA, FERNANDO. Elisa, al irse Rafael, queda unos segundos arreglándose el cabello ante uno de los espejos del foro. Fernando dice entre tanto, hablando consigo propio.

FERN. (Preciso es que Rafael
hable claro y al instante.)
ELISA. (Que se ha ido acercando á su padre.)
Papá! qué triste semblante!
FERN. No, Elisa.
ELISA. No advierto en él
aquella dulce franqueza
de siempre. ¿Qué tienes?
FERN. Nada.
ELISA. Es quizás que en tu mirada
miro mi propia tristeza,
y en tí descubrirla creo.
FERN. ¿Tú triste?
ELISA. Bien te se alcanza;
que aunque al lograr mi esperanza,
cumplo todo mi deseo,
dejarte me causa pena;
y al pensarlo, padre mio,
siento en el alma un vacío
que ni con mi amor se llena.
FERN. Los dos sufrimos, mi bien;
pero en tu ausencia forzosa,
sabiendo que eres dichosa
seré dichoso tambien.
ELISA. ¡Quedas tan sólo en mi ausencia!
FERN. En espíritu estarás
conmigo.
ELISA. Eso, sí.
FERN. Ademas
nos veremos con frecuencia.
Verdad, hija mia?
ELISA. Sí.
¡Estás tan acostumbrado
á mi amor, á mi cuidado,

á verme y á verte en mí!... (Pausa ligera.)
Con mi madre no sería
tan profundo tu dolor;
fruto yo de vuestro amor,
presente en él estaría.
Y no sufrierais enojos,
—áun encontrándonos léjos,—
pues vierais en los reflejos
de vuestros ojos mis ojos.
¡Mi madre! (Con gran tristeza.)

FERN. Calla! Por qué?...

ELISA. (Interrumpiéndole.)
Te doy un grave pesar
y te debiera imitar
callando: si ya lo sé.
Ya se que de mi orfandad
por no remover la huella,
casi nunca me hablas de ella.
Lo sé, padre.

FERN. Sí, es verdad.

ELISA. Sé que al alma sólo toca
dar culto á este nombre santo,
sin que se pierda en el llanto
ni se profane en la boca.
Mas si sale entre los dos
su nombre en llanto deshecho,
irá del tuyo á mi pecho
y de los nuestros á Dios.
Habla pues: cerca está el dia
de separarnos, y ya
nadie, nadie me hablará
de mi madre, ¡madre mia!

FERN. Ves? Te aflijes, y yo pierdo
mi calma... Si he procurado
ser contigo reservado
en evocar su recuerdo,
tienes razon, por tí ha sido
y por mí; que en este duelo
no tengo ya más consuelo
que el consuelo del olvido.
Tu madre, cual la que más
fué desgraciada y fué buena;

quizás yo aumenté su pena,
ó la produje quizás
por error, por extravío,
por algo á mi amor extraño;
y me causa mucho daño
recordarlo.

ELISA. (*Con gran ternura.*) Padre mio!

FERN. Donde los ángeles son
está la que tanto quieres;
pídele tú, que ángel eres,
su amparo y su bendicion.

ELISA. Allí la busca mi anhelo,
oigo aquí tu voz querida,
y así comparto mi vida
entre la tierra y el cielo.
Si Cárlos me enorgullece
con su amor, que es el tesoro
de mi alma; si lo adoro,
es porque así me parece
que soy mejor, que este fuego
me purifica, que en mí
está el cielo y que así
más hasta mi madre llego.

ESCENA V.

FERNANDO, ELISA, LORENZO.

FERN. Quién?

LOR. La señora Condesa
de los Valles. (*Anunciando.*)

ELISA. Ah!

FERN. Lo ves?
Lloras y... vamos; despues
saldrás.

ELISA. No.

FERN. ¿Qué cara es esa
para un amante en la hora
de un baile? Vamos, Elisa,
á tu tocador.—Avisa
(*Á Lorenzo que saluda y se va.*)
al instante á esa señora.

(Elisa y Fernando salen por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, CÁRLOS, LORENZO.

LOR. Luégo salen los señores.
(Á la Condesa y Cárlos que entran; saluda y se va.)
COND. Seré, si quieres, injusta, (Sentándose.)
Cárlos; pero no me gusta
el sesgo de estos amores.
Has formado tal empeño,
estás tan hosco y tan triste,
que hablar más se me resiste;
pero esto me quita el sueño.
Yo no sé en mi genio vivo
cómo á estas cosas me obligas.
CARLOS. Y si no hay, por más que digas,
ningun fundado motivo
que tu designio haga bueno.
COND. Que no, Cárlos? ¿pues no sabes
que se dicen cosas graves?
CARLOS. Tristezas del bien ageno.
COND. Es siempre cuerdo que midas
el criterio de las gentes;
y murmuran...
CARLOS. Entre dientes,
por miedo de ser oidas.
COND. Los rios que suenan, Cárlos...
CARLOS. Sin el menor movimiento
suelen sonar porque el viento
se entretiene en azotarlos.
COND. Él de América á la córte
vino por historias.
CARLOS. No:
¿qué puerta se le cerró?
COND. El oro es buen pasaporte.
Aunque la version es ruda
y nada cierto la abona,
al presente, hasta hay persona

que de su familia duda,
y dicen...

CARLOS. Nada sucinto.
¿Ha de triunfar la opinion
aun sin razon?

COND. La razon
es á veces el instinto.
En fin, ya ves que te dejo
correr libre tu fortuna,
puesto que no hay prueba alguna
que haga valer mi consejo.
Pero, Cárlos, si llegara
un dia ¡ojalá no sea!
en el que esta vaga idea
se hiciese una prueba clara
y algo indigno de tu nombre
se alzase ante tu cariño,
¿venciera el amor del niño
ó la dignidad del hombre?
Dame respuesta precisa.

CARLOS. ¿Á qué tal suposicion?
con todo mi corazon,
—bien lo sabes—amo á Elisa.
Estimo mi dignidad,
—que es la tuya—como honrado:
si por ambas estrechado
me hallase, mi voluutad
fuera escudo de mi honor
aunque en la lucha muriera;
por mi amor mi vida entera;
mas por mi honra mi amor.

ESCENA VII.

CONDESA, CÁRLOS, FERNANDO, ELISA.

ELISA. Señora... (Yendo hácia la Condesa.)

COND. Adios, hija mia. (Se besan.)

FERN. Hola, Cárlos, ¿cómo va?
Condesa...
(Se estrechan la mano al mismo tiempo que Elisa y la Condesa se saludan.)

ELISA. Viniste ya? (Á Cárlos.)
¡Infiel, sin mí todo un dia!...
(Elisa ha ido hácia Cárlos y Fernando hácia la Condesa; quedan, pues, los personajes formando dos grupos en la forma indicada, hablando los de cada grupo con abstraccion de los del otro hasta el momento que marca el diálogo.)

FERN. (Á la Condesa.) Observe usted qué pareja.
COND. (Á Fernando.)
Ya para ellos no hay más mundo
que sus ojos.
ELISA. (Á Cárlos.) Si yo fundo
en eso mismo mi queja.
COND. (Á Fernando.) Dichosa edad!
FERN. (Á la Condesa.) Tan dichosa
como breve!
CARLOS. (Á Elisa.) No te digo
que no?
ELISA. (Á Cárlos.) Pues mira, en castigo,
hoy no me he puesto tu rosa!
COND. (Á Fernando.) Pero si de hablar no cesa
sin reparar...
FERN. Pues es claro;
no han menester de reparo
ante nosotros, Condesa.
CARLOS. (Á Elisa.) Es posible que hayas hecho
eso conmigo?
ELISA. Te enojas?
CARLOS. Sí!
ELISA. Traidor! si están sus hojas
sintiendo latir mi pecho.
COND. (Á Fernando.) Al ménos por embromarlos.
Niños! (Llamándolos.)
ELISA. Ah!
COND. Ténganse á raya!
ELISA. Dispensen ustedes.
FERN. (Afectando enojo.) Vaya!
No faltaba más!
ELISA. (Aturdida.) Yo... Cárlos...
Á mi gusto se rebela,
sin notar que entre las gentes
nos hacemos imprudentes.

Bien se lo he dicho.

CARLOS. Tontuela!...

Si es broma!...

ELISA. No, que es verdad;
no está bien ese egoismo
con nuestros padres.

CARLOS. Lo mismo
hicieron á nuestra edad.

FERN. No le dije á usted? Ya piensa
Elisa que le reñimos (Á la Condesa.)
y que nos causan sus mimos
una gravísima ofensa.

ESCENA VIII.

DICHOS y RAFAEL.

RAF. (Á Cárlos.)
Gracias á Dios que te encuentro.
Condesa... (Saludando.)

CARLOS. De dónde vienes?

RAF. Hace un rato que me tienes,
chico, fuera de mi centro.

CARLOS. Siéntate: si hablar no puedes.

RAF. Hombre, sí. (Aceptando la idea.)

CARLOS. Vamos, ¿qué pasa?

RAF. Llegué hace poco á tu casa
para venir con ustedes,
seguro de que estuvieras.
—«Ahora acaban de salir.»—
—me dijeron— «deben ir
bajando las escaleras.»
Bajé yo de tres en tres,
crucé la calle volando,
vine á casa de Fernando,
volví á tu casa despues.
—«¿Visitas?—no es procedente
la hora; cosa resuelta;
han ido á dar una vuelta
para gozar del ambiente,»
—me dije:—y haciendo acopio
de una rara actividad,

dime á correr la ciudad;
ya era cuestion de amor propio. (A Elisa.)
Buscando por esas calles
me halle á Ricardo y me dijo:
«Ya nadie pregunta, hijo,
por el conde de los Valles.»—
—¿Qué estás hablando, criatura?—
—repuse yo—¿No has sabido?....
Pues un coche lo ha cogido
por mitad de la cintura.»
—¡De veras!—De veras hablo:
si ya es público.—¡Te veo!—
—¡Vaya! ¿Un coche?—El del himeneo,
cuya rienda tiene el diablo.—
¡Qué sofocon! De los buenos.
Vamos, ¿te ha dado la risa?
(Observando la de Cárlos, que ha ido en aumento durante la relacion.)

CARLOS. Si estamos casa de Elisa
hay media hora lo ménos.

RAF. ¿Y cómo á ustedes no he visto?

COND. Es que en el hotel de al lado
un momento hemos entrado.

RAF. He dado pruebas de listo.

COND. (Notaste la pulla? (Á Cárlos.)

CARLOS. Cuál?

COND. La agudeza de Ricardo;
eso para mí es un dardo.

CARLOS. Sin duda alguna; mortal.)
(Con respetuosa ironía.)

RAF. (Á Elisa.) (Ya ves, por todo Madrid
he andado de Ceca en Meca.

ELISA. Gracias!

RAF. Pero ¿ese babieca
por qué no inventa un ardid
para que hableis?) Dí, Fernando,
¿cuándo va á empezar la fiesta?

FERN. Por mí...

RAF. Qué inaccion es esta?
¿*Quosque tandem?* Hasta cuándo?
Divertir quiero el esplin
de mis recientes extremos,

y propongo que esperemos
la comida en el jardin.

CARLOS. Admirable!

FERN. Brava idea!

ELISA. Á bien que está iluminado.

RAF. (Á la Condesa.)
¿Conque aprobado?

COND. Aprobado
por mi parte.

RAF. Sí? Pues ea!

(Da el brazo á la Condesa y se dirige á la segunda puerta de la izquierda: Cárlos á Elisa y ambos siguen á la Condesa y á Rafael. Fernando queda en escena.)

FERN. Yo sigo á ustedes muy pronto:
he de ordenar á Lorenzo...

RAF. (Á la Condesa.)
(Esto tiene buen comienzo.)

CARLOS. (Á Elisa.) (¿Pasó ya el enfado?

ELISA. (Á Cárlos.) Tonto!) (Vánse.)

ESCENA IX.

FERNANDO.

No ha de llegar el momento
en que á solas con él hable!
Para qué?...
(Despues de unos instantes de reflexion.)
Es inexplicable
este disgusto que siento!
¿Quién puede saber el fondo
de mi vida? ¿quién la historia
de mi amor, cuya memoria
dentro de mi ser escondo,
huyendo todo testigo
de mi afan con tal prudencia,
que á veces ni á mi conciencia
dejó hablar sola conmigo?
Despues de un tiempo tan largo...
á tanta distancia... no... (Tranquilizándose.)
¿Magdalena no murió?

(Con un fondo de duda.)
¿Por qué temo, sin embargo? (Con ira.)
¿Vivirá? Y aunque viviera,
¿qué sabe ella ni si existo?
¿Temor más necio se ha visto?
(Tranquilizándose de nuevo, pero pasando al punto á su misma intranquilidad.)
Pero esa hablilla... quimera:
rumor de envidia; trasiego
de gentes ruines ó locas;
debieran tener sus bocas
una mordaza de fuego.
Dirán en sus viles ocios
que el matrimonio se explica;
que la Condesa es muy rica
y que van mal mis negocios,
y que yo hago esta jugada
con intenciones dañosas;
y dirán... ¿qué se yo? cosas
que á mí no me importen nada.
Se entiende bien mi cuidado;
Elisa con sus preguntas
ha evocado todas juntas
las voces de mi pecado;
y por extraño espejismo
de la culpa, creo así
ver avanzar hasta mí
sombras que están en mí mismo.
¡Calma, pues: cubra mi calma,
como siempre, mi recelo
y ahóguense bajo el hielo
las tempestades del alma!

ESCENA X.

FERNANDO, LORENZO.

LOR. Hay abajo una mujer
que pide con insistencia
ver al señor: trae urgencia.
FERN. Cumpla usted con su deber
y no pase más recados

que los que fueren precisos.
¿No tiene usted los avisos
de señores convidados?
(Señal afirmativa de Lorenzo.)
Pues á nadie más espero.

LOR. Bien.

FERN. (Cuando ya Lorenzo ha hecho ademan de irse.)
Si pide, haga usté al paso
que la socorran.

LOR. El caso
es que no quiere dinero
segun ella misma expresa,
y hasta dice que el favor
que solicita al señor
es el que más le interesa.

FERN. Y su porte?

LOR. Aunque modesto
se nota bien que su clase
es distinguida.

FERN. (Despues de unos instantes de reflexion.)
Que pase.
(Lorenzo saluda y váse.)
No sé qué pueda ser esto.

ESCENA XI.

FERNANDO, despues MAGDALENA, y al final ELISA y la CONDESA. Fernando se sienta en una butaca y vuelve á su preocupacion anterior.

FERN. Inquietud extraña siento;
no pasan mis dudas. Hoy
no me conozco, no soy
dueño de mi pensamiento.
Su recuerdo en mí se evoca,
y al tocarme se estremece
mi corazon; si parece
que es ella la que me toca.
(Magdalena ha entrado al fin de la primera redondilla, y lentamente y con temor ha ido avanzando hasta encontrarse frente á frente á Fernando cuando dice éste el último verso. Fernando se le-

vanta al pronunciarlo, y al ver á Magdalena, retrocede con espanto diciendo:)

¿Qué es esto?

MAGD. ¡Verme te asombra!

FERN. ¿Tú?... (Como dudando de lo que ve.)

MAGD. Me crees sombra quizás!...
Eso soy, eso no más:
de lo que fuí triste sombra!

FERN. Magdalena!

MAGD. Sí; te abisma
ver que aún existo despues
de mi angustia; y tal me ves,
que dudas si soy la misma.
Haces bien; no se concibe
que viva quien sufre tanto.
No me dejaste ni aún llanto,
¿quién ni sin lágrimas vive?

FERN. Habla.

MAGD. No temas que llame
á tu puerta á mendigar
un amor que supe echar
de mi alma por infame;
no la honra que á traicion
me robaste.

FERN. ¡Magdalena!

MAGD. El cielo tras de la pena
me dará la absolucion.
Merced más sencilla quiero
de tu corazon altivo:
ver á mi hija por quien vivo,
por quien vivo y por quien muero.

FERN. ¿Tú verla y aquí?

MAGD. ¡Lo extrañas!
Cuando al nacer, brazo ajeno
la arrebató de mi seno...
no... ¡casi de mis entrañas!...
pensé morir; y el delirio
de mi bárbaro dolor
me dió ese raro valor
que crece con el martirio.
Á mi hija busqué anhelante
por todas partes; en vano;

no se concibe en lo humano
una impiedad semejante.

FERN. Y bien...

MAGD. Escúchalo en calma;
por prodigio de mi fe
hace un año que encontré
á la hija de mi alma.
¿Cómo fué? Yo no sé el modo;
mas pensé en el mismo punto
sobre tí echar todo junto
mi dolor, mi afrenta, todo;
decir tu infamia á esos séres
en que tu orgullo se fija
y hacerte odiar de tu hija
mostrándote tal cual eres.

FERN. Eso no; calla, por Dios.

MAGD. No hablaré, no tengas miedo;
si contra tí nada puedo;
si está mi hija entre los dos.
Por ella, por no encender
su pecho que en calma late
en un horrible combate
de cariño y de deber;
por ella, por no turbar
la dicha de su existencia,
por no dar á su inocencia
culpas nuestras que llorar;
por ella sufro y resisto
mi soledad espantosa;
y me he juzgado dichosa
cuando de léjos he visto
su hermosísima cabeza
tras los muros de esta casa,
en las calles porque pasa,
en los templos en que reza.
Logrando que el extravío
de mi emocion no me venda,
como si hurtara una prenda
cuando no hay nada más mio,
su vuelta espero de noche:
y muchas ha salpicado
mi rostro el cieno arrojado

por las ruedas de tu coche.

FERN. ¡Magdalena, por piedad!

(Mas bien con tono imperativo que de súplica.)

MAGD. Esa en tí vengo buscando,
y tú la tendrás, Fernando;
¿no es verdad? Di que es verdad.
Sé que se casa y despues
léjos con su esposo irá;
no podrán seguirla ya,
débil y enferma, mis piés.
¡Ay! no te puedo pedir
que mi hija madre me llame:
pero es justo que reclame
al lado suyo vivir.
No mis angustias aumentes;
deja que á su lado viva,
aunque aquí se me reciba
como uno de tus sirvientes.
Respire con avidez
su aliento, aunque luégo muera;
que me hable una vez siquiera,
una vez, sólo una vez.

FERN. Dios sabe cuanto me abruma
el recordar lo pasado:
ceguedad fué mi pecado,
pero fué pecado en suma.
No alego nada en mi abono:
ni áun la atmósfera social
que me envolvió; yo hice mal
y nunca me lo perdono.
Ah! Bien lo estoy espiando:
que aunque no lo has de creer,
eres la sola mujer
que yo he querido.

MAGD. (Con indignacion.) ¡Fernando!

FERN. De pesadumbre me llena
y de espanto tu afliccion;
más no es esta la ocasion
del remedio, Magdalena.
Por ella á rudo suplicio
te condenaste primero;
ya es preciso todo entero

consumar el sacrificio.

MAGD. Yo callaré.

FERN. ¿Quién responde?
Tu emocion te delatara:
que á veces sale á la cara
aquello que más se esconde.
Una lágrima, un sollozo,
una frase, una actitud,
esa espansiva inquietud
que da á la mirada el gozo:
cualquier detalle podría
denunciarte á tu pesar,
y para siempre acabar
con la luz de su alegría.
Ya ves que yo me sentencio
al remordimiento así:
mas seré digno de tí.

MAGD. Fernando! (Suplicando con angustia suprema.)

ELISA. Papá! (Desde la puerta del foro.)

FERN. Silencio!

(Magdalena, al oir la voz de Elisa, hace ademan de ir hácia ella. Fernando se interpone en el momento mismo en que Elisa y la Condesa aparecen en el foro, y dice la última palabra casi con el aliento y con tono de imperio y de súplica á la vez. Elisa adelanta hasta la mitad de la escena, deteniéndose sorprendida. La Condesa queda en la puerta del foro. Magdalena enjuga sus lágrimas precipitadamente. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, ELISA, RAFAEL, que entra con el aturdimiento que produce una comida fuerte.

RAF. Nada, chico, inmejorable.
¡Qué reunion y qué comida!
FERN. Tú te has divertido.
RAF. ¡Vaya!
Pues donde hay caras bonitas
y amigos de humor y platos
y champagne ¿quién no se anima?
FERN. Sobre todo, si en alguna
de esas caras hay sonrisas
codiciadas...
RAF. Por mí? Nunca
he tenido tal codicia.
ELISA. ¿Pues y Cármen?
RAF. ¿Es posible
que tú creas?...
ELISA. Ella es linda.
RAF. ¡Linda broma!
ELISA. Usted la quiere.

RAF. ¡Ave María Purísima!
¡Amor! música alemana!

FERN. Tú estás en la sinfonía.

RAF. «Si eres piedra, sé de imán;
(Con afectacion cómica.)
si eres planta, sensitiva:
si eres hombre, amor.» ¡Qué hermosa,
qué sublime tontería!
Ya está en baja Victor Hugo:
si eres planta, sé una viña;
si eres piedra, sé diamante;
si eres hombre, sé pancista.
(Dándose con la mano en el estómago.)
Já!... já!... já!...

FERN. Tú siempre el mismo.

RAF. Hago honor á tu cocina.

ELISA. ¡Rafael!...
(En tono de cariñosa reconvencion.)

RAF. Yo en estos casos
me vuelvo materialista.
(Con más aturdimiento.)

FERN. ¿Por qué?

RAF. ¿Qué espíritu es este
que, áun á pesar de sus ínfulas,
sin comer siente desmayos
y sin beber se fastidia?
¿Á cuántos no dió el Jamáica
inspiraciones magníficas?
(Con tono declamatorio.)
Vaya; ustedes no me entienden;
(Variando bruscamente de tono.)
vuelvo á mi centro.

ELISA. En seguida,
vamos allá.

RAF. El Moka espera.

ELISA. Cuidado con Cármen.

RAF. Pícara!
(Sale por el fondo.)

ESCENA II.

FERNANDO, ELISA.

FERN. Volvámonos á la sala.
ELISA. No es una cosa precisa;
estando allí la Condesa...
FERN. Si es por ella.
ELISA. La familia
de Rafael todo el mundo
sabe que nos es bien íntima,
y está haciendo los honores:
se lo encargué á mi venida.
FERN. De todos modos...
ELISA. La hora
de sobremesa es propicia
para faltar un instante
de la reunion.
FERN. Hija mia,
la verded es que no entiendo
tu terquedad inaudita.
ELISA. Es desgraciada.
FERN. Si fueras
á remediar la desdicha
de cuantos sufren...
ELISA. En esta
hay algo extraño: es la misma
mujer que á mi paso encuentro
con frecuencia, y que me mira
llorando: ya algunas veces
me ha preocupado su vista
y te lo he dicho.
FERN. Esas cosas
ocurren todos los dias.
ELISA. Dice que yo le recuerdo
el semblante de su hija;
¡pobre madre!
FERN. Por lo mismo,
estar aquí aumentaría
su afliccion.
ELISA. ¿Pues no me busca

por todas partes?

FERN. No insistas:
ella propia ha rechazado
tu oferta.

ELISA. Quizá movida
por tu actitud. Tú, tan bueno
con todos, le respondías
tan severamente... y luégo
¡sentí una pena tan viva
cuando al besarme las manos
ordenaste su salida!

FERN. Te afectaba...

ELISA. Iba gimiendo
por el jardin, ¡pobrecita!
¡Que vuelva!

FERN. Despues de todo,
eso exige garantías;
ya ves tú que es arriesgado
sin la precaucion debida
tener en casa...

ELISA. Jurara
que esa mujer es bendita.

FERN. Bien, no digo...

ELISA. Si parece
que reza cuando suspira.
No sé por qué me produce
gran pesar tu negativa;
cuando yo soy tan dichosa,
no puedo vivir tranquila
viendo en mis salones llanto
sin enjugarlo en seguida.

FERN. No es posible.

ELISA. Por qué? Vamos,
papá, vamos, hoy se fija
mi porvenir, y yo quiero
que se celebre mi dicha
haciendo este bien: ¿qué fiesta
habrá de mi amor más digna?

FERN. Elisa... (Con severidad.)

ELISA. Siento unas ganas
de llorar.... ¡ay! (Llorando.)

FERN. ¡No seas niña,

por Dios!

ELISA. Yo...

FERN. Si eso no vale
la pena de que te aflijas.

ELISA. Cuando tú me niegas esto,
tú que de nada me privas,
es que merezco sin duda
tu severidad.

FERN. No, Elisa.

ELISA. Pues bien; permite siquiera
que ella mañana reciba
de nuestro encargo benéfico
la cariñosa visita.
Quizás sufre privaciones.

FERN. Eso es peor.
(Hablando consigo mismo.)

ELISA. ¿Qué?

FERN. Decía (Reponiéndose.)
que eso es peor: ciertos medios,
más que socorren humillan.

ELISA. Entónces... (Volviendo á afligirse.)

FERN. Bien: vendrá á casa...

ELISA. ¿De veras? ¡ay! ¡qué alegría!
Tú no comprendes el peso
que me has quitado de encima
del corazon. Ahora mismo
diré á Lorenzo...
(Dando algunos pasos hácia el foro.)

FERN. Aturdida!

ELISA. No, recuerdo bien las señas.
Calle de Santa Cecilia,
número seis, piso cuarto.
No es léjos.

FERN. Mas..

ELISA. Voy de prisa.
(Hace un gesto gracioso de seriedad; rie luégo con aturdimiento y se dispone á salir.)

FERN. Hoy no, mañana...

ELISA. Corriente;
pero sabrá la noticia
esta noche. ¿Tú no dices
(Bajando hácia su padre.)

que soy un ángel? Pues mira
como los ángeles pagan
las obras caritativas.
(Lo besa en la mano y sale por el foro en paso precipitado.)

ESCENA III.

FERNANDO.

FERN. ¡Y ella me besa tambien
con ternura angelical!
¡Cuando se merece el mal
no hay mayor pena que el bien!
Si supiera... No, es preciso
mantener su paz querida:
¡abrojos, cuando es su vida
el sueño de un paraiso!
¡sombras en su porvenir
que la luz del cielo llena!
Preciso es que Magdalena
no venga, y no ha de venir.
Jamás, aquí solamente
cause estragos la verdad.
Para mí la tempestad
y el iris para su frente.
(Sale precipitadamente por la puerta del foro. Momentos despues la Condesa y Cárlos entran por la del jardin.)

ESCENA IV.

LA CONDESA, CÁRLOS.

CARLOS. Te produces de tal suerte
que tengo el alma deshecha.
COND. Es que al cabo mi sospecha
en realidad se convierte.
No puedes, mal que te cuadre,
ser de Elisa.
CARLOS. ¿Qué?

COND. No puedes
sin que te envuelvan las redes
del deshonor.
CARLOS. Por Dios, madre,
mire yo con claridad
el abismo á que me llevas,
que sentenciarme sin pruebas
es género de impiedad.
COND. Voy á indicarte esta trama;
pero con sosiego escucha
y ten valor en la lucha
en que se empeña tu fama.
¿Te acuerdas de aquel pariente
que murió tres años hace,
cuyo proyecto de enlace
dió que decir á la gente?
¿Te acuerdas de que en persona
para disuadir á Antonio
de hacer aquel matrimonio
fué contigo á Barcelona?
Tú apoyaste mi opinion
como la familia toda,
y se deshizo la boda
gracias á tu mediacion.
¿No era mi actitud fundada?
CARLOS. Sin duda.
COND. Aquella infeliz
tuvo ántes de eso un desliz
y fué luégo abandonada.
Consecuencia natural
de la deshonra es el luto;
el padre huyó con el fruto
de su pasion criminal.
Y así su nombre manchado
quedó aquella madre un dia
sola, sin más compañía
que la imágen del pecado.
Aquella imágen funesta
nos tocó en algo.
CARLOS. Pero eso...
COND. Tú sabes que aquel suceso
muchas lágrimas me cuesta.

CARLOS. Pero ¿á qué pensar en males
que pasaron en buen hora?
COND. Por el temor de que ahora
vengan desdichas iguales.
CARLOS. ¡Cómo! (Muy alarmado.)
COND. Tengo tu promesa,
Cárlos, y eso me asegura.
CARLOS. ¿Pero aquí qué nube impura
en mi dicha se atraviesa?
COND. La misma.
CARLOS. Me estás matando,
mi afan á piedad te llame.
COND. Aquel seductor infame
fué Fernando.
CARLOS. ¡Fué Fernando!
COND. Elisa...
CARLOS. (Interrumpiéndola horrorizado.)
¿Por qué la nombras?
COND. ¿Por qué no? Ten fortaleza.
CARLOS. ¡Madre!
COND. Sobre su cabeza
tiende el deshonor sus sombras.
CARLOS. Pero ella...
COND. Nada me arguyas,
su frente lo lleva escrito.
CARLOS. Pero no es suyo el delito
aunque las penas sean suyas.
COND. Así la pasion liviana
por impura da lugar
á ver la afrenta pesar
sobre los hijos mañana.
CARLOS. Elisa, ilusion primera
del alma, ¿cómo perderte?
No, madre, fuera mi muerte.
No.
COND. Pues vive y que yo muera.
CARLOS. Imposible, tú tampoco;
te engañan tus inquietudes.
COND. Yo lo he visto, no lo dudes.
CARLOS. Dónde?
COND. Aquí.
CARLOS. Cuándo?

COND. Al sitio de la cruz hace poco.
CARLOS. ¿Viste?
COND. Á Magdalena.
CARLOS. ¿Y qué?
COND. Que hablaba en tono de ruego
á Fernando, y desde luégo
cuanto pasa adiviné
en su llanto, en la emocion
de Fernando y sus sonrojos,
en lo que no ven los ojos
y percibe el corazon.
CARLOS. No basta una escena muda.
COND. Por si no era suficiente,
despues oí claramente
frases que no dejan duda.
CARLOS. Madre!
COND. No es que á unirte vas
con mujer de humilde casa;
por la pobreza se pasa,
por el deshonor jamás.

ESCENA V.

DICHOS y ELISA.

ELISA. Si no es una indiscrecion...
CARLOS. ¿Cometerla acaso puedes?
Con nosotros...
ELISA. No ví á ustedes
al regresar al salon.
(Hay un momento de silencio que extraña Elisa.)
(Á la Condesa.) ¿Se siente usted mal? Reparo
que está usted pálida.
COND. Sí,
no me encuentro bien aquí.
CARLOS. La gente... las luces...
ELISA. ¡Claro!
CARLOS. El ruido... y como al fin
está un poco delicada...
ELISA. ¿Quiere usted algo?
COND. No; nada:
con el fresco del jardin

pasará.
ELISA. Yo no sosiego
hasta ver... Vamos.
COND. (Algo brusca.) No, Elisa,
pudiera usted ser precisa
en el salon. Hasta luégo.
(Sale precipitadamente por la puerta del jardin.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, ELISA, queda fija unos segundos con sorpresa en la puerta del jardin, y despues en Cárlos que tiene actitud de marcada preocupacion.

ELISA. ¿Qué es esto, Cárlos?
CARLOS. No es nada
que á tí te deba inquietar.
ELISA. ¿Que no? Ponte en mi lugar,
verás si hay razon sobrada
para mi disgusto.
CARLOS. ¿Yo?
ELISA. Ya ves: seria y de improviso
de mí huyó: será preciso
creer á las gentes.
CARLOS. No.
ELISA. ¿Pues no es claro su desvío
que casi raya en ofensa?
CARLOS. Te quiere bien; pero piensa
perder el afecto mio,
si de ella al fin me separo
al realizar mi proyecto.
Tiene disculpa: ¡el afecto
de una madre es tan avaro!...
ELISA. ¡De una madre! Sí.
CARLOS. Ya ves;
no es que te falte su estima.
ELISA. Pues bien; si ella se lastima
en su más vivo interés,
aunque algo se me resiste,
yo me explico su cuidado:
pero tú... ¿por qué á mi lado
estás como nunca triste?

¿Es que solo te dejé
y fué tarde mi regreso?
¡Si tú supieras!...

CARLOS. No es eso.

ELISA. ¿Que no es eso?

CARLOS. No.

ELISA. ¿Pues qué?
¿Te he dado yo otro motivo
de enojo?

CARLOS. Tú no: la suerte.

ELISA. Teniendo yo la de verte
(En tono de tierna reconvencion.)
otra mayor no concibo.

CARLOS. Pues esa es mi pena.

ELISA. (Alarmada.) ¿Cómo?

CARLOS. No verte cuanto deseo.
(Queriendo desvanecer el efecto de su frase anterior.)

ELISA. Yo siempre, siempre te veo
cuando á mi alma me asomo.

CARLOS. ¡Mi bien!...

ELISA. ¿Y por qué me dices
esas cosas? ¿por qué es fria
tu expresion hoy, en un dia
en que somos tan felices?

CARLOS. Yo...

ELISA. No vuelves ni un momento
á mí los ojos: ¿por qué?
(Vivísimamente contrariada.)
Dí.

CARLOS. Si yo mismo no sé
con certeza lo que siento.

ELISA. ¡Ay, Cárlos! (Se reprime para no llorar.)

CARLOS. Por Dios, ten calma.

ELISA. ¡Ay! no das nada á mi amor.

CARLOS. ¿Qué te niego?

ELISA. Tu dolor,
y el dolor es toda el alma.
Por mí sufres.
(Como queriendo sorprender la causa de su tristeza.)

CARLOS. No lo creas.

ELISA. No? ¿No llega á mí tu afan?
Pues mira: en cambio á tí van
todas, todas mis ideas.
(Echándole en cara su ingratitud.)
CARLOS. Y á tí las mias.
ELISA. (Con triste incredulidad.) Sí, sí.
CARLOS. Por evitarte un pesar...
ELISA. ¿Cuál más hondo qué probar
que no me quieres?
CARLOS. ¿Yo á tí?
De esa manera escucharte
falta á mi dolor no más.
ELISA. Pues cuéntamelo y verás
como en dos luégo se parte.
CARLOS. (Va á hacerle una indicacion, pero se reprime.)
Sufra yo sólo este peso.
ELISA. ¿Aunque así mi fé concluya?
Pues déjame.
CARLOS. Mi alma es tuya:
mas...
ELISA. No.
CARLOS. No repitas eso.
¿Cómo te he de definir
lo que es sólo temor vago
de algo que presiento aciago
para nuestro porvenir?
ELISA. Sí, así presientes y luchas
y tu amor así desmaya,
vete, Cárlos.
(Elisa mostrará una gran emocion, en la cual ha de notarse al par que desaliento moral, decaimiento físico, producido por un estado nervioso que procura dominar. Mientras habla Cárlos, Elisa se apoya ligeramente en el respaldo de un sillon y se lleva las manos á la frente y al pecho con inquietud.)
CARLOS. ¿Que me vaya?
Pues bien, oye... ¿no me escuchas?...
(Alarmado por el estado de Elisa.)
Voy mi pena á revelar.
¿Por qué callas? habla, dime.
ELISA. Es que el pecho se me oprime

porque no puedo llorar.
(Despues de algunos momentos de angustia, rompe en llanto, y se dirige á la segunda puerta derecha.)

CARLOS. ¿Por qué te alejas así?
¿No merezco ser testigo
de tu afan? llora conmigo.
ELISA. Déjame! (Saliendo.)
CARLOS. ¡Triste de mí!

ESCENA VII.

CÁRLOS.

¿Por qué no ahogué mi recelo?
¿Por qué es espejo el semblante
del corazon? Va anhelante
y llorando sin consuelo.

ESCENA VIII.

CÁRLOS, FERNANDO.

FERN. ¿Aquí tan solo? ¿Y Elisa?
CARLOS. Llorando va sus enojos.
FERN. ¿Por qué?
CARLOS. Puede dirigirse
esa pregunta á sí propio:
no á mí, que como ella, sufro
penas que sembraron otros.
FERN. ¿Qué está usted diciendo, Cárlos?
CARLOS. Lo que siento sin rebozo;
que cuando todo peligra,
debe esclarecerse todo.
FERN. Hable usted.
CARLOS. ¿He de expresarlo
cuando está claro en su rostro
que de estas palabras mias
penetra usted en el fondo?
Los lazos que á Magdalena
le ligan son ya notorios.
FERN. ¿Qué lazos?... ¿Y usted da crédito?...

(Dominando la emocion que las palabras de Cá los le producen.)
¿Quién la afirma?

CARLOS. No sé como
mi madre lo ha sorprendido.

FERN. ¿La Condesa?

CARLOS. Y juzga roto
nuestro convenio.

FERN. ¿Qué pruebas?...

CARLOS. Los instantes son preciosos,
y esa tenaz negativa
está fuera de propósito.
Mi madre acaso con datos
innegables vendrá pronto.

FERN. ¡Un escándalo!

CARLOS. Eso quiero
evitar entre nosotros.

FERN. ¿Sabe Elisa?...

CARLOS. Nada sabe:
¿por ventura no conozco
que la pobre moriría
de dolor y de sonrojo?

FERN. Verdad... ¡Hija de mi alma!
¿Cómo hacer?...

CARLOS. Así no hay modo.

FERN. La Condesa es generosa;
es usted el hijo sólo
de su amor, ¿qué madre á un hijo
le prohibe ser dichoso?
Ruéguele usted á la suya.

CARLOS. Es inútil; yo no pongo
la razon de lado alguno
ni en juez me erijo tampoco;
mas dirá que usté á su hija
negó más, no ya el decoro
de un nombre, sino una madre,
lo que Dios concede á todos.

FERN. Basta, Cárlos.

CARLOS. Si la mia
contesta buscando apoyo
en esa razon: ¿cual otra
puede usted dar en su abono?

Diga usted.

FERN. ¿Qué más decirle
que callar cuando tal oigo
dejando que usted me azote
con esas frases el rostro?
Tiene usted razon.

CARLOS. Yo siento
haber usado ese tono;
pero se trata de Elisa,
de su bien.

FERN. Me vuelven loco
mis temores.

CARLOS. Si á este enlace
por salvarla me dispongo,
es entónces el sosiego
de mi madre lo que inmolo.
¿Qué hacer entre dos abismos?
Temblar y cerrar los ojos.

FERN. ¡Elisa! No se concibe
(Como hablando consigo propio.)
que engendre á un ángel un monstruo.

CARLOS. Sólo hay un medio, y cual siempre,
por ser honrado es el solo.

FERN. ¿Un medio?

CARLOS. Que á Magdalena
de usted la mano de esposo;
quizás esto nos salvara.
Yo á ver á mi madre corro,
y quiera el cielo que en ella,
puerto de mis bienes todos,
para este afan, que es mi vida,
no encuentre el único escollo.
(Sale por el foro. Fernando queda unos instantes en silencio bajo la impresion de la idea expresada por Cárlos.)

ESCENA IX.

FERNANDO.

LERN. ¡Sólo un medio! Pues bien, sea.

Cumpliré mi obligacion,
aun cuando así la opinion
tal como he sido me vea.
Temiendo que me acusara
dí muerte al honor ajeno;
y es justa; coge aquel cieno
y me lo arroja á la cara.
Mas ¿por qué mi hija la huella
sufre tambien del castigo?
Justa es la opinion conmigo;
pero es infame con ella...
Ah! no; no es razon que ciego
justicia al mundo reclame:
yo sólo soy el infame
que madre y nombre le niego.
Yo la culpa dejo escrita
y así la entrego al azar:
¿cómo el mundo le ha de dar
lo que su padre le quita?
Mi pecado es tan fecundo
que arrastra á un ángel en pos;
ella, que es digna de Dios,
por mí es indigna del mundo.
Y mi propia idolatría
la hace sufrir inocente;
porque Dios hiere su frente
para herir mejor la mia. (Pausa.)
¡Sólo un medio!... Pero así
le he de confesar mi accion;
¡ay! para esa abnegacion
no encuentro valor en mí.
¿Yo, su afecto más sagrado,
yo mismo le he de mostrar
mi cabeza, que es su altar,
con mancha de vil pecado?
¿Yo, su orgullo, yo, su padre,
le he de decir: te he mentido:
vive, y por mí has carecido
de los besos de tu madre?
¿Vive, y sin piedad alguna
yo le he robado el derecho
de alimentarte en su pecho

y de velar en tu cuna?...
¡Jamás! no hay culpa que exija
semejante penitencia.
Delátese mi conciencia
al mundo: pero ¡á mi hija!...
Sí; merecida es la pena:
en ella ofendí el deber,
y ante ella debo caer
amarrado á mi cadena.
Que por contraste inaudito
es ella á la misma vez,
siendo mi vida, mi juez
y el cuerpo de mi delito.
Sólo á mí el dolor me hiera,
pues sólo mia es la obra.
Si madre y nombre recobra,
que me perdone siquiera.

ESCENA X.

FERNANDO, ELISA.

ELISA. Papá.
FERN. Hija mia.
ELISA. ¿No sabes?
Tengo una pena... ¡qué infamia!
Bien claro me lo decía
su silencio.
FERN. ¿Qué te pasa?
Dí. Cárlos...
ELISA. Á mis preguntas
contesta con una carta.
El traidor hasta me esconde
sus ojos cuando me mata.
FERN. ¿Una carta?
ELISA. ¿Pues no dice
en ella que mis instancias
contigo son las que pueden
evitar nuestra desgracia?
No es bastante que me olvide,
sino que tambien te agravia.

Esto no se lo perdono.

FERN. No, Elisa: Cárlos te ama
y tiene razon; yo soy
de vuestros males la causa.
Yo soy.

ELISA. ¡Tú!... Tú eres tan bueno,
que te acusas de esa falta
para que así no me ofenda
su ingratitud harto clara.

FERN. No, hija mia.

ELISA. Pues ¿qué es esto?

FERN. (¡Se me anuda la garganta!)
(Despues de un gran esfuerzo.)
Cuando me has hablado, Elisa,
de tu madre, ¿mis palabras
en mí no te han revelado
una turbacion extraña?
¿No has dudado de ellas nunca?

ELISA. ¿Dudar? Pues si yo dudara
de tí ¿qué afecto en el mundo
tuviera mi confianza?

FERN. ¿Y si... te hubiera engañado?

ELISA. ¿Tú engañarme? Por Dios, habla.
(Herida súbitamente por esta idea.)
¿Vive mi madre?

FERN. Sí; vive.

ELISA. ¡Madre!

FERN. Y vas á recobrarla.

ELISA. ¿Y cómo sin mí?... ¡Imposible!
ahora es cuando me engañas.

FERN. Hija, no me acuses; hay
en la vida circunstancias
que no entiendes, y que ahogan
las afecciones más santas.

ELISA. Padre mio...

FERN. No me acuses.

ELISA. Yo no le acuso de nada;
pero me estremezco.

FERN. ¡Hija!

ELISA. ¿Qué razones hay tan altas
que para siempre desunan
lo que Dios bendice y ata?

FERN. (Despues de alguna vacilacion y costándole gran trabajo pronunciar estas palabras.)
Á un tiempo nuestras dos bodas
se harán.
(Elisa medita algunos instantes acerca de lo que su padre le dice, cuyo sentido no alcanza á primera vista. Al cabo lo comprende y rompe á llorar.)

ELISA. ¡Madre de mi alma!
(Sintiéndose desvanecida.)

FERN. (Acudiendo á ella.)
Hija mia, no te apenes:
piensa en el bien que te aguarda.
Creeré que no me perdonas
si no recobras tu calma.
Vas á estrecharla en tus brazos.

ELISA. ¡Ay! sí; en el fondo de tanta
tristeza tiene su nombre
para mí atraccion sagrada.
¿Quién es?

FERN. Ella; Magdalena.

ELISA. Parece que me lo daba
el corazon. ¡Madre mia!
(Sale llorando por el foro. Fernando queda luchando con su afliccion y exclama:)

FERN. Salgan al cabo mis lágrimas.
(Solloza unos segundos al cabo de los cuales entra Magdalena, y al verla va hácia ella.)

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO, MAGDALENA y al fin ELISA.

MAGD. Extraño que se me exija
volver aquí con urgencia.

FERN. ¡Oh! ven acá; tu presencia
es la vida de tu hija.
Su bondadosa gestion
te conduce á nuestro lado;
sin saberlo ha gestionado
por su propia salvacion.

MAGD. ¿Qué sucede?

FERN. Lo más grave
que pudiera suceder.
¡Ella tan dichosa ayer!
MAGD. ¿Se sabe?...
FERN. Todo se sabe.
Es preciso conjurar
este peligro tremendo.
MAGD. ¿Y de qué manera?
FERN. Yendo
como honrados al altar.
MAGD. ¿Yo ser tu esposa?
FERN. Sí.
MAGD. ¿Yo?...
¡Imposible!
FERN. ¿Qué profieres?
¿Tanto me odias que quieres
matar á mi hija?
MAGD. No.
Pero...
FERN. ¿Qué? Dilo: ¿qué esperas?
¿no ves mi afan?
MAGD. Deja.
FERN. Dí.
MAGD. No: no quieres que hable.
FERN. Sí.
¡Si has de hablar aunque no quieras!
Pero... tú no dejarás
que así su vida peligre.
Aunque fueras una tigre,
eres madre y nada más.
MAGD. Fernando...
FERN. No es el momento
de que recuerdes mi paso.
Piensa en ella.
MAGD. ¿Pues acaso
no es ella mi pensamiento?
¡Tu paso! Pues qué ¿no ves,
cuando acusarme imaginas,
que son tuyas las espinas
en que se clavan sus piés?
¡Que tu traicion no recuerde!
Pues dime, ciego, en rigor,

cuando se pierde el honor
¿qué otra cosa no se pierde?
No hay ya de salvarla modo,
que es la culpa inexorable.

FERN. ¿Por qué?

MAGD. ¡Quieres que al fin hable!
Pues bien, escúchalo todo.
(Pausa ligera.)
Cuando á mi madre fué claro
lo que pasaba por mí,
murió de pena y me ví
en el mayor desamparo.
Sin hogar, sin medios, loca
de dolor, vino ya un dia
en que apenas si tenía
pan que llevar á mi boca.
Y ¡ay! la que al borde del vicio
queda sola y desvalida,
á la menor sacudida
va al fondo del precipicio.

FERN. ¿Tú?

MAGD. Con ánimo sereno
de la miseria en las heces,
yo hubiera muerto mil veces
ántes de llegar al cieno.

FERN. ¿Al cieno tú?

MAGD. Los pedazos
de mi honor allí esparciste.

FERN. ¡Calla!

MAGD. Y luché; mas ¡ay triste!
¡morir sin verla en mis brazos!
¡Mi hija sola y sin abrigo
quizás, y pobre y errante!

FERN. ¿Yo vileza semejante?

MAGD. ¿Pues no la hiciste conmigo?
Ese supremo interés,
y no el interés inmundo,
me cegó al fin un segundo;
y... ya fué tarde despues. (Sollozando.)

FERN. ¡Infame!

MAGD. Eso es: apura
mi dolor hasta que muera.

¿No tienes otra manera
de juzgar mi desventura?

FERN. Si es infame lo que has hecho.

MAGD. ¡Me indigna que así me llames.
¿Desde cuándo los infames
á infamar tienen derecho?

FERN. ¡Magdalena!

MAGD. Sé que nada
me disculpa: lo sé bien:
sé que es mi pena el desden
de toda persona honrada.
Sé bien que mi soledad,
mi sacrificio, mi duelo,
son cosas que sólo al cielo
pueden mover á piedad.
Que el mundo hará mi proceso
juzgándome una... cualquiera:
que mi hija acaso pudiera
con razon negarme un beso.
Pero tú, que mi afliccion
causaste traidoramente,
tú no escupas en mi frente;
escupe en tu corazon.

FERN. No has de verla más.

MAGD. Advierte...

FERN. ¡Desgraciada! Ya no ignora
que eres su madre: y ahora...

MAGD. No: me iré: fuera su muerte.

FERN. ¿Y qué haré si ya su calma
es imposible? ¡ay de mí!
No te alejes; pero sí,
huye.

(Magdalena se dispone á salir; pero Elisa llega por el foro y al verla da un grito. Magdalena se vuelve á ella rápidamente y Elisa se arroja á su cuello.)

ELISA. ¡Madre de mi alma!

(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, RAFAEL. Al levantarse el telon aparece Lorenzo en la primera puerta de la derecha contestando á indicaciones que le hacen desde dentro.

LOR. Al instante...—No ha venido...—
(Aplicando el oido; cuya actitud repetirá despues de la primera y segunda frase.)
Está bien. (Se retira de la puerta.)
RAF. Adios, Lorenzo. (Por el foro.)
¿Y tu señor?
LOR. Ahora sale:
está hablando con el médico.
RAF. ¿Y la enferma?
LOR. Casi buena,
ya se levanta.
RAF. Me alegro.
¡Ha estado grave!
LOR. Muy grave.
RAF. No era el lance para ménos.
Está aún aquí esa señora?
LOR. No se ha apartado del lecho

de la señorita.

RAF. ¿Cómo?
¿La ha cuidado?

LOR. ¡Con un celo
que ni el de una madre!

RAF. Hombre,
¡eso sí que no lo entiendo!
¿Se conocían?

LOR. Lo ignoro.

RAF. Vamos, cuéntame el suceso.

LOR. Si no sé más que lo dicho.

RAF. Tú siempre has sido discreto:
haces bien; en estas cosas
debe guardarse silencio.

LOR. En esto—aunque yo no quiera
ser callado—habré de serlo.
Yo sé tan sólo que estaba
aquella noche en mi puesto,
la verdad, algo cansado
y casi rendido al sueño,
cuando me llaman y corro
y á la señorita encuentro
hecha un cadáver: el susto
no me ha salido del cuerpo.
¡Vaya un ataque! Jamás
le ha durado tanto tiempo.
Yo pensé que se moría;
y crea usted que...

RAF. ¡Pobre viejo! (Distraido.)
¡Tú la quieres mucho!...

LOR. Mucho;
sí señor; mucho la quiero.
Las veces que la he tenido
en mis brazos...

(Rafael, sin escucharlo, da algunos pasos con aire de meditacion.)

RAF. (¿Qué misterio
es este?) ¿Y esa señora
que la cuida, con qué objeto
vino aquí?

(Lorenzo hace gestos de ignorar cuanto se le pregunta.)

Segun se afirma,
el ataque ha sido efecto
de su presencia. ¿Mas cómo
permanece si no es cierto?
No me explico...

LOR. El señor llega.
Con su permiso...

RAF. Veremos.

(Lorenzo saluda y se va por el foro; Fernando entra por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II.

RAFAEL, FERNANDO.

FERN. ¡Hola! Rafael, ¡qué caro
te vendes!

RAF. Pues á más precio
te vendes tú.

FERN. No he salido.

RAF. ¿Por qué? Pasado ya el riesgo,
esta completa clausura
no es natural. Por supuesto,
se entiende bien: ¡ah, tunante!
(Dándole una palmada en el hombro.)

FERN. ¿Qué?

RAF. ¿Á qué viene ese secreto
conmigo? Y es gran bocado;
¡vaya! lo mejor del género.

FERN. ¡Rafael!...

RAF. ¿Y eres tú el hombre
que me aturdes á consejos
y á sermones, pregonando
la moral del casamiento?

FERN. Yo te diré...

RAF. Á la sordina
sabes buscar tus arreglos,
y luégo á los infelices
que faltamos en un pelo
nos pones de vuelta y media.
¡Ah... bribon!...

FERN. ¡Calla!

RAF. ¡Te veo!
FERN. Calla; si te oyera Elisa...
RAF. Verdad: me olvidaba de ello.
Pero, hombre, ¿á quién se le ocurre
dar á una niña ese ejemplo
y ese disgusto?
FERN. ¿Conoces
tú á esa mujer?
RAF. ¡Ya lo creo!
FERN. ¿Qué se dice de ella? (Vivamente agitado.)
RAF. Chico,
chico, ¡qué actitud! ¡qué ceño!
Pues no te ha dado muy fuerte
que digamos.
FERN. Habla en sério.
RAF. Pues en sério, hace tres años
la ví en Biarritz: y por cierto
me impresionó de tal modo,
que fué allí mi quebradero
de cabeza; mas en vano:
y mira que yo...
FERN. (Impaciente.) Bien; pero...
RAF. Debe ser mujer de historia
á juzgar por el aspecto;
triste, reservada; y, chico,
fiel á prueba de bloqueos.
Estaba loco por ella
su amante; no, y tiene mérito
esa mujer: es hermosa
y de mucho sentimiento.
Se cuentan rasgos magníficos
de ella.
FERN. ¿Cómo?
RAF. Mira un hecho.
Á una niña de... diez años,
sobre poco más ó ménos,
que le pidió una limosna,
le dió del modo más tierno
cuantas alhajas llevaba
encima: algunas de precio.
Y aquello no era teatro.
FERN. No.

RAF. Y mira qué extraño: luégo,
—sin razon que se supiera,—
se entristeció en unos términos...
y rompió con el amante.

FERN. ¿Sí?

RAF. ¡Cuando digo que has puesto
una pica en Flándes!

FERN. (¡Nada;
imposible!)

RAF. ¿Estás lelo?

FERN. ¡Déjame!

RAF. ¡Ay! hombre al agua.

FERN. ¡Estoy loco!

RAF. Sin remedio.
Hijo, aquí de tus lecciones;
no te corras, que hay tropiezos
en ese camino: al cabo
es una de tantas.

FERN. ¡Necio!

RAF. Muchas gracias.

FERN. ¡De ese modo
juzgais el honor ageno!
¿Y si es de esas que, vencidas
por la pasion de un momento
y burladas, han caido
despues por el mismo peso
del deshonor, siendo dignas
de piedad, no de desprecio?

RAF. Esa es la historia de todas.

FERN. ¡Menguado y torpe criterio
el de la opinion!

RAF. ¿Y vamos
tú y yo á corregir sus yerros?
No delires: juzga el mundo
lo que está de manifiesto;
la opinion nos vé... por fuera.

FERN. Y la conciencia por dentro.

(Se oye la voz de Elisa, y Fernando impone silencio á Rafael.)

ESCENA III.

DICHOS y ELISA, desde la puerta segunda izquierda, en voz alta y dirigiéndola adentro.

ELISA. Papá lo sabrá.
FERN. ¿Qué quieres?
ELISA. ¡Ah! Rafael... (Sorprendida y contrariada.)
RAF. (Á Fernando.) ¿No ves esto?
La flor de la maravilla:
¿quién dirá que es de un enfermo
su rostro? Hasta de los males,
de todo triunfa lo bello.
FERN. Decías tú...
RAF. Yo me retiro;
teneis que hablar.
ELISA. No, no; luégo,
no es urgente.
FERN. Pues entónces...
(Fernando tendrá durante esta escena gran inquietud.)
RAF. ¿Y Cárlos? (Á Elisa.)
FERN. (Estoy deshecho;
si ella revela...) Ese asunto
(Á Rafael en voz alta.)
es de un interés supremo,
y no hay que perder instante.
(¡Que no advierta mi desvelo!)
(Á Rafael en voz baja.)
RAF. Sí, vamos.—Mi enhorabuena...
(Da la mano á Elisa.)
ELISA. Adios, Rafael.
FERN. Ya vuelvo. (Salen por el foro.)

ESCENA IV.

ELISA.

Desde que aparece Elisa en este acto, habrá de notarse en ella una falta grave de fuerzas en sus palabras, en sus actitudes y en su semblante.

¡Huye de mí: ya no hay duda!
¡Ay! ¿Por qué me miro en ellos
esa profunda alegría
que yo á su presencia siento?
(Aparece Magdalena por la segunda puerta de la izquierda y Elisa va hácia ella.)

ESCENA V.

ELISA, MAGDALENA.

ELISA. ¡Madre!...
MAGD. ¡Elisa!...
ELISA. Hace un segundo
te dejé: y al ver de nuevo
tu rostro, gozo lo mismo
que en el instante primero.
Ven: que yo sienta en mis brazos
los latidos de tu pecho;
y así mirando tus ojos
y respirando tu aliento,
págame tu larga deuda
de caricias y de besos.
Háblame mucho.
MAGD. ¡Hija mia!
ELISA. Ya que hemos estado léjos,
cuéntame, sin dejar uno,
tus actos, tus pensamientos;
yo te contaré los mios,
y de esa manera el tiempo
que hemos vivido apartadas,
unidas lo viviremos.
¿Qué ha sido de tí?

MAGD. ¡Qué ha sido!...
ELISA. Pensabas en mí: ¿no es cierto?
MAGD. Sí; tanto, que no quisiera
pensarlo.
ELISA. Con mi recuerdo
¡cuánto habrás penado!
MAGD. Mucho:
por estrecharte en mi seno
he sufrido... tú no puedes
comprender mi sufrimiento.
ELISA. ¡Y mi padre me decía
que tú estabas en el cielo!
MAGD. ¡Ay! no: en la tierra!
ELISA. Yo siempre
contigo hablaba en mis rezos,
y te escuchaba.
MAGD. ¡Hija mia!
ELISA. Y era ese mismo tu acento.
Para merecerte, madre,
he sido buena: por eso
sin duda nuestras dos almas
se han entendido sin vernos.
MAGD. ¡Oh! Calla!
ELISA. Por qué te aflijes
así?... Dímelo.
MAGD. No puedo.
ELISA. Ni un sólo instante he logrado
mirar tus ojos serenos,
ni compartir con mi padre
mi regocijo: ¿qué es esto?
Hay algo en tí como sombra
y en el algo como hielo:
todos parece que estamos
para siempre despidiéndonos.
MAGD. ¿Quién sabe?...
ELISA. Madre... ¿qué has dicho?
¿Separarnos? ¿Por qué medio?
¿Quién hay que aparte mis brazos
amorosos de tu cuello?
MAGD. No me preguntes.
ELISA. Lo mismo
dice mi padre.

FERN. (Dentro.) ¡Lorenzo!
MAGD. Déjame con él á solas.
ELISA. No: yo sabré...
MAGD. Te lo ruego.
De esta entrevista depende
nuestro porvenir.
ELISA. ¿Ni un beso?
(Viendo que su madre la aparta de sí.—Se abrazan y se besan.)

ESCENA VI.

MAGDALENA, FERNANDO, que entra por el foro: dirige una mirada á Magdalena y va hácia una butaca. Magdalena sin moverse de su sitio le habla con resolucion.

MAGD. Fernando, preciso es ya
que adoptemos un partido.
FERN. Á eso vengo decidido.
MAGD. Sí; preferible será
cualquiera resolucion
á esta situacion violenta,
en que mi hija se da cuenta
de mi falsa posicion.
FERN. ¿Quién tiene la culpa?
MAGD. ¿Quién?
No hablemos de eso, Fernando.
FERN. ¿Á qué viniste implorando
su presencia, si ese bien
era una vana porfía
á causa de tu pasado?
MAGD. ¿Por ventura has olvidado
á qué costa lo quería?
De limosna te pedí
que á su lado me dejaras
y de su inocencia en aras
juré callar: ¿no es así?
Pues muerto hubiera conmigo
mi secreto: y el callar
hubiere sido á la par
su reposo y mi castigo.
Pero ante ella recibir

ofensas, que tú el primero
has de inferirme... ¡ah! prefiero
abandonarla y morir.

FERN. ¡Y matarla; sí, eso es!

MAGD. ¡Oh, no! Pero ¿qué se alcanza
con dar vida á una esperanza
que habrá de morir despues?
¿Abrigas tú la demencia
de que duran estos lazos?
¡No: saltarán en pedazos
al peso de la inocencia!

FERN. Nombre hay que darle.

MAGD. ¿Y qué harás?

FERN. Darte yo el mio en secreto.

MAGD. ¿Tú?...

FERN. ¡Y cumplido ya el objeto,
no nos veremos jamás!

MAGD. Pero, bien: cuando te exija
como un derecho sagrado
verme, tenerme á su lado,
¿qué le dirás á tu hija?
Y nada logra tu idea;
ántes bien el daño ahondas;
cuanto más el hecho escondas,
más público harás que sea.

FERN. ¡Oh! verdad! Pero ¿qué hacer?
¿qué hacer? En dudas me pierdo.
Dime tú qué es lo más cuerdo;
piensa algun medio, mujer.

(Pausa, durante la cual ambos meditan. De repente Fernando dice como indicando el término de una lucha interior.)

¡Tú lo has dicho; entre los dos
ella está; pues que ella venza;
ante el mundo, la vergüenza:
pero el deber ante Dios!

(Magdalena va á hablar, y Fernando le hace demostraciones de que vaya al lado de su hija. Sale en efecto vivamente emocionada.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

¿Qué voy á hacer? ¡Ah! no puedo!
¡Flaqueza indigna la mia!
¡Para el mal tuve osadía
y para el bien tengo miedo!
Ya miro al mundo traidor
con la máscara de paz
disputándose voraz
los despojos de mi honor.
Ya sorprendo la mirada
del desprecio: la insultante
compasion, fría y cortante
como el filo de una espada;
la inconsecuencia; la hablilla
intencionada que ofende;
la procacidad que enciende;
el epígrama que humilla.
¡Vida de eterna zozobra!
¿Y qué? ¡Venga sobre mí!
¿No quise el mal? ¡Pues así
será completa mi obra!
Mas ¿y Elisa? ella tambien
pierde en el fallo social.
Le doy nombre; pero ¡cuál!
Le doy madre; pero ¡quién!
¡Esto mi suplicio aumenta!
¿Cómo no he visto, si es claro,
que, en vez de darle un amparo,
la expongo más á la afrenta?
¿Qué haré que á mi intento cuadre?
Si no en los fallos ajenos,
con mi sacrificio al ménos
gana en tener á su madre.
Sí, no hay duda: mi conciencia
pide á gritos esta union.
¡Si es bien, como redencion;
si es mal, como penitencia!

ESCENA VIII.

FERNANDO, CÁRLOS.

CARLOS. ¿Y Elisa?
FERN. ¿Qué hay?
CARLOS. Todo en vano:
mi madre resueltamente
no transige, no consiente
en que dé á Elisa mi mano.
Tiene mis ruegos á ofensa,
y su lenguaje severo
me hiela.
FERN. ¿Piensa?...
CARLOS. ¡No quiero
ni recordar lo que piensa!
Todo, todo se ha perdido
cuando se lograba todo.
FERN. ¿Y es á hablarle de ese modo
á lo que usted ha venido?
¿Es á decirle quizás,
en descargo de su amor,
desventuras que el pudor
no debe entender jamás?
¡Ya que su esperanza muera,
sálvese su pensamiento;
y no perciba el aliento
de mi deshonor siquiera!

ESCENA IX.

DICHOS y la CONDESA.

COND. ¡Pensé hallarte en esta casa!
Vengo por última vez
á hacer á Fernando juez
ante tí de lo que pasa.
CARLOS. ¡Ah! no: piedad!
COND. ¿No la tengo?
(Magdalena entra en escena y oye sin ser vista de los otros personajes, demostrando la impresion do-

lorosa que le produce lo que escucha.)
Porque es toda para tí,
de ese ciego frenesí,
Cárlos, á salvarte vengo.
Sé á tu palabra leal.
Vuelve en tí.

MAGD. (¡Dios mio!)

COND. Si algo
para tí en el mundo valgo,
sal conmigo.

CARLOS. ¡Madre!

COND. ¡Sal!

ESCENA X.

FERNANDO, CÁRLOS, CONDESA, MAGDALENA, que adelanta y llega hasta la Condesa.

MAGD. ¡Ah! señora...

COND. ¿Usted?... ¡Qué escena,
Cárlos, la que has producido!

MAGD. (Á la Condesa.) ¡Sálvela usted: se lo pido
por su hijo!

FERN. ¡Magdalena!

MAGD. ¡Merezco estos duelos!..

COND. ¡Oh!

MAGD. Pero, ¡compasion, señora!
Soy, es verdad, pecadora;
pero soy madre.

COND ¿Y yo no?

MAGD. Bien se me alcanza que en esta
situacion nada me abona;
pero todo se perdona
y yo á todo estoy dispuesta;
al sacrificio más fuerte;
á dejarla de improviso:
hasta á morir, si es preciso...
Si la pierdo: ¿qué más muerte?

COND. En vano.

MAGD. Hasta de rodillas
pido, señora, merced.

FERN. Magdalena!...
COND. ¿Qué hace usted?
(La Condesa va á oponerse á la actitud de Magdalena. Elisa entra, y al verla su madre se levanta rápidamente y avergonzada.)
MAGD. ¡Ah!
ELISA. Madre, ¿por qué te humillas?

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO, CÁRLOS, CONDESA MAGDALENA, ELISA.

ELISA. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí
que vuestro labio enmudece?
Padre... madre... ¡Si parece
que teneis miedo de mí!
(Fernando y Magdalena esquivan su mirada.)
Cárlos... ¿qué mudanza es esa?
Habla: tu lealtad invoco.
¿Por qué estabas tú hace poco (Á Magdalena.)
á los piés de la Condesa?
(Mira á unos y otros, y viendo que todos callan, exclama con angustia.)
¡Me matais!...
CARLOS. (Á la Condesa.) ¡No puedo mas!...
¡Léjos de ella moriría!...
COND. ¿Qué vas á hacer?
CARLOS. Tú algun dia,
madre, me perdonarás.
¡Dios sabe que atiendo al bien!
COND. Pero...
CARLOS. Si ella no pecó,
¿he de ser cómplice yo
de la sociedad tambien?
COND. ¡Cárlos!...
CARLOS. ¿Hay quien mi actitud
juzgue loca por ventura?
Pues bendita la locura
que se abraza á la virtud.
¡Madre!...
COND. ¡No lo soy ahora!

¡Qué de ese modo te ofendas!...
¡qué así vayas á sabiendas
á tu deshonor!...

FERN. ¡Señora!...

COND. Sí; no es esta la ocasion
de respetos; no transijo:
¿pues no ve usted que mi hijo
ha perdido la razon?...

FERN. ¡Oh!...

CARLOS. ¿Por un ángel hay un hombre
que renuncie á ser amado?

COND. Pero, Elisa, desgraciado,
¿tiene madre? tiene nombre?
¿Y aunque Fernando le dé
sitio honrado en este hogar,
puede el mundo perdonar
á Magdalena?

ELISA. ¡Oh! ¿De qué?

(Elisa al escuchar las últimas palabras de la Condesa ahoga un grito y hace la anterior pregunta á la Condesa misma con viva exaltacion, producto de las impresiones que ha venido sufriendo por el diálogo de Cárlos y su madre, durante el cual habrá hecho demostracion de sorpresa y de angustia. Despues se dirige rápidamente á ellos exclamando:)

¿Qué hay en ella que la afrente?

COND. No soy yo quien lo profiero.

ELISA. ¿Quien?...

COND. Elisa...

ELISA. ¿El mundo entero?
¡Pues el mundo entero miente!
Madre, vuelve tu mirada
hácia mí; que en tu pupila
vea yo la expresion tranquila
de una vida inmaculada.
Me da tu silencio espanto.

(Le toma la cabeza con ambas manos para obligarla á que la mire.)

¿Por qué lloras? Está yerto
tu semblante. ¡Ah! ya lo acierto;
de indignacion es tu llanto!

(Pasando repentinamente del dolor á la alegría.)
¡Bien lo que sufre conoces;
(Dirigiéndose rápidamente á Fernando.)
la ultrajan en mi presencia!
Tú que sabes su inocencia,
padre, publícala á voces.

FERN. ¡Hija infeliz!...

ELISA. ¡Padre!... Ah!
(Llevándose las manos al pecho ahogando un grito de dolor.)
Sombras de mi pensamiento,
á la vez que creceis, siento
que la vida se me va.
¡Cárlos!...

CARLOS. Recobra tu calma:
mi amor tu consuelo sea.

ELISA. ¡Arráncame tú esta idea
que me han clavado en el alma!
¡Madre! madre!

MAGD. ¡Hija, perdon!

ELISA. ¡Ah!... ¿Qué es esto?... ¡Quiero verte!...
(Se lleva las manos á los ojos y las extiende convulsivamente.)

FERN. y MAGD. ¡Hija!
(Acuden á ella y la reciben en sus brazos. Cárlos y la Condesa avanzan tambien formando grupo. Elisa, despues de una sacudida fuerte, cae desplomada diciendo:)

ELISA. ¡Bendita mi muerte
si es ella tu redencion!
(Muere. Magdálena y Fernando dan un grito y caen de rodillas fijando los ojos en tierra. Cárlos queda de pie detrás de este grupo llorando. La Condesa acude á él y Cárlos reclina la cabeza en su pecho. Telon)

FIN DEL DRAMA.

NOTA IMPORTANTE.

Al talento de la actriz que desempeñe el papel de Elisa, se encomienda la preparacion de este desenlace, que desde el primer acto ha de prevenirse de una manera gradual.

ZARZUELAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	Arturo di Foncarrale	1	D. J. Arimon	L.
3	3	La mejor venganza	1	Sres. Ruesga y Rubio.	$^{1}/_{2}$ L. y M.
		R. R.	1	Barranco, Valverde y Chueca	L. y M.
3	3	¡¡Ya somos tres!!	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		Martes 13	2	D. A. Rubio	$^{1}/_{2}$ M.
		Verso y prosa	2	Sres. Sta. Ana y Marqués.	M. y $^{1}/_{2}$ L.
8	4	Dos huérfanas	3	Pina Dominguez y Chapí	L. y M.
		Florinda	3	D. Miguel Marqués	M.
		La guerra santa	3	Emilio Arrieta	M.

NOTA. Ha dejado de pertenecer á esta Galería la mitad correspondiente al Sr. Fuentes del drama en un acto *Arte y corazon*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.